NEW LEFT REVIEW 103

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2017

TRANSICIÓN EN ESTADOS UNIDOS

Mike Davis	Las elecciones de 2016	7
JoAnn Wypijewski	La política de la inseguridad	11
Dylan Riley	El Brumario estadounidense	23
Alexander Zevin	Imperio y aranceles	37
Perry Anderson	Pasando el bastón de mando	43

ARTÍCULOS

Göran Therborn	La dinámica de la desigualdad	69
Carlos Spoerhase	Más allá del libro	91
Hito Steyerl	Sobre los juegos	105
Cinzia Arruzza	El rechazo de Italia	122

CRÍTICA

Marco D'Eramo	Ellos, el pueblo	134
Peter Rose	¿Secretos de los antiguos?	145
Jeffery Webber	Pensamiento social latinoamericano	157

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO 25M DEMOCRACIA

tds traficantes de sueños

Suscríbete

DYLAN RILEY

¿BRUMARIO ESTADOUNIDENSE?

Vilipendiado por todo el *establishment* cultural y prácticamente por todos los medios de comunicación del país, con la parcial excepción de Fox News, Trump consiguió ganar en la parte alta del Medio Oeste –en Ohio superó en casi el 10 por 100 a las previsiones que ofrecían los sondeos–, así como imponerse en Pennsylvania. ¿Marca su victoria un cambio fundamental en la política estadounidense? Y si es así, ¿cómo deberíamos caracterizar a la figura que lo personifica? Hay algo que habría que dejar claro. Al contrario de lo que han sugerido algunos en los últimos dieciocho meses, tanto en la izquierda como en las plataformas del indignado liberalismo, Trump no es un fascista[1]. Las condiciones políticas en las que actúa son bastante diferentes a las que modelaron el periodo de entreguerras en Europa, cuando unas exhaustas clases dirigentes estaban preparadas para aceptar la suspensión de las libertades burguesas y llevar al poder a matones de la extrema derecha, que eliminarían físicamente la amenaza de la revolución obrera. Trump carece de un partido organizado, de una milicia y de una ideología; por ahora, la política exterior que ha anunciado es aislacionista más que revanchista y, realmente, ¿qué pérdidas territoriales querría recuperar Estados Unidos?

Berlusconi puede ofrecer un paralelismo más plausible, pero hay dos diferencias importantes. En primer lugar, el magnate italiano estaba

[1] Véase por ejemplo, Timothy Snyder, «Him», *Slate*, 18 de noviembre de 2016; Michael Kinsley, «Donald Trump is actually a fascist», *The Washington Post*, 9 de diciembre de 2016; Richard Steigmann-Gall, «One Expert Says Yes, Donald Trump is a Fascist», *The Huffington Post*, 18 de julio de 2016. Los probables beneficiarios de esta equivocada y hostil acusación serán los estrategas del Comité Nacional Demócráta.

más estrechamente vinculado con el *establishment* político: formado con Craxi, con un vasto imperio de comunicaciones a su disposición, tenía un vínculo directo e íntimo con la clase política de su país del que Trump carece. Berlusconi también tomó como modelo a Reagan, mientras apelaba al deseo de un *paese normale*. En resumen, Berlusconi era un neoliberal tardío, un molde que Trump está rompiendo claramente. Una tercera posibilidad es que Trump represente una tendencia hacia el «neobonapartismo»: una forma de gobierno que sustituye un coherente proyecto hegemónico por un líder carismático. Como la versión original del siglo XIX, este bonapartismo tardío está vinculado a una crisis de hegemonía y, en última instancia, surge de la erosión de la base material que le permite a la clase capitalista estadounidense perseguir sus propios intereses mientras reclama representar a los de la sociedad en general. A diferencia de su prototipo, sin embargo, la nueva versión del bonapartismo no está conectada con la movilización desde abajo de las masas y no puede entenderse como una reacción ante una amenaza contra el régimen de propiedad.

Aplicar a Estados Unidos en estos momentos un modelo de política desarrollado en Francia en el siglo XIX requiere un cierto grado de transposición conceptual. Gracias a los famosos textos de Marx, la lucha del joven Bonaparte hasta la cumbre del poder en Francia ha recibido muchas analogías; el análisis de *El dieciocho Brumario de Louis Bonaparte* ofrece tres cuestiones que parecen especialmente relevantes. La primera es la crisis de liderazgo o de hegemonía. Dado que en las sociedades capitalistas la rentabilidad es el principal determinante del crecimiento económico, los capitalistas pueden presentar de forma plausible la satisfacción de sus propios requerimientos como esencial para el país en su conjunto. Sin embargo, desde el cambio de milenio, y especialmente desde 2008, la afirmación de que su papel va en beneficio de todas las clases sociales parece haberse vuelto cada vez más dudosa. La segunda idea clave es la tendencia del capital de mirar hacia el Estado cuando se debilita su capacidad de liderazgo. Esto no habría que entenderlo en un estrecho sentido político, porque también se trata de un proyecto económico. En la era de la financiarización, la creciente dependencia del Estado por parte del capital privado se ha hecho evidente: este proceso se aceleró durante los últimos años de Bush y después con Obama y probablemente alcance proporciones épicas con Trump. (China, desde luego, se ha aprovechado totalmente de las ventajas de un sistema financiero dirigido por el Estado para abrirse camino en un mercado global sobreabastecido como un recién llegado con ofertas rebajadas).

La economía política del neobonapartismo es una forma de capitalismo dependiente del Estado en el sentido en que los beneficios se deberán más a las conexiones e intervenciones políticas que a la productividad. Por último, la tercera idea es que, como consecuencia de este giro hacia el Estado, los vehículos políticos del capital –en este caso los partidos republicano y demócrata– empezarán a desintegrarse. En este contexto, la plebe puede ser movilizada por figuras carismáticas cuasi religiosas (Obama, Trump), pero la articulación de un proyecto hegemónico coherente en el que el consenso tenga una base material, se vuelve mucho más difícil. Merece la pena recordar brevemente el transcurso de anteriores proyectos de esta clase.

Hegemonía y crisis

Durante todo un periodo histórico, aproximadamente desde la década de 1930 a la de 1970 –un periodo que culmina con la crisis económica–, la clase capitalista en Estados Unidos gobernó a través de un marco de hegemonía fordista basado en salarios elevados, saludables beneficios y un (relativo) pleno empleo. Esta era empezó con la elección de Frank Delano Roosevelt, una figura cauta e intelectualmente mediocre, que fue empujado, no obstante, hacia la izquierda por una oleada de militancia sindical, que dio lugar en 1935 a la *Wagner Act* y la *Social Security Act*. Los movimientos que produjeron estas ganancias para los trabajadores estadounidenses vinieron de fuera del propio Partido Demócrata, y a mediados de la década de 1930 nos encontramos con un determinado número de partidos independientes de trabajadores y agricultores que se mostraban activos a escala local y de los estados[2]. Sin embargo, en los años finales de esa década –debido en parte a la desastrosa estrategia de Frente Popular que desarrolló el Partido Comunista– el movimiento sindical pasó a estar a la sombra del Partido Demócrata, un error estratégico del que nunca se ha recuperado por completo. Esto creó un extraño híbrido político, con los demócratas como el partido que reunía a los trabajadores del norte con el segregacionismo sureño de Jim Crow. En el mundo desarrollado no hay nada similar. La base social del Partido Demócrata se parecía a la coalición levantada por Giovanni Giolitti en Italia a principios

[2] Robert Brenner, «Structure vs. Conjuncture: The 2006 Elections and the Rightward Shift», *NLR* 43, enero-febrero de 2007; ed. cast.: «Estructura *vs* coyuntura: las elecciones de noviembre de 2006 y el desplazamiento hacia la derecha de la política estadounidense», *NLR* 43, marzo-abril de 2007; ahora incluido en P. Anderson, R. Brenner, M. Davis, *et al.*, *Estados Unidos: Homeland*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2017.

del siglo XX, o a la dictadura de Primo de Rivera en España, más que a los partidos socialdemócratas europeos. El movimiento sindical se demostró incapaz de salir de este gueto político; especialmente, nunca consiguió construir una alianza con los aparceros afroamericanos de los estados sureños pertenecientes a la Confederación. A finales de la década de 1940, quedó completamente asimilado en este «estéril matrimonio», como lo denominó Mike Davis, con el Partido Demócrata[3]. No obstante, la larga expansión de posguerra permitió a los demócratas proporcionar significativas ganancias al electorado de la clase trabajadora. El gobierno republicano de Nixon aumentó los niveles de prestación social a principios de la década de 1970, justo cuando el largo *boom* estaba llegando a su fin, mostrando hasta qué punto la alianza entre los trabajadores y el Partido Demócrata había conseguido establecer la agenda política. Realmente, la Agencia de Protección Medioambiental, la Administración de Seguridad y Salud Ocupacional y el sistema federal de autopistas fueron creados bajo el gobierno republicano.

Pero dos acontecimientos socavaron la estructura de la hegemonía fordista. El primero fue el movimiento por los derechos civiles, que distanció a la clase trabajadora blanca tanto del Norte como del Sur. Nixon fue el primer republicano en aprovecharse de esto. El segundo factor, más importante, fue la ralentización de la economía estadounidense, que comenzó en 1973. Los demócratas, como sus contrapartes europeas, siempre han estado muy sensibilizados por asegurar las condiciones de la rentabilidad capitalista como condición previa para sus propias políticas sociales. En un periodo de rápido crecimiento de la productividad y de beneficios en alza, las elites empresariales toleraron el crecimiento del Estado del bienestar, pero a medida que la competencia de Alemania, Japón, Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán –y finalmente de China– hicieron caer las tasas de beneficio, había que cambiar las reglas del juego. A partir de mediados de la década de 1970, el capital pasó a la ofensiva y los dos partidos se adaptaron rápidamente al nuevo contexto. La reducción del Estado del bienestar en Estados Unidos empezó con Carter y continuó sin interrupción con las presidencias republicanas y demócratas hasta los años de Obama.

Fue el gobierno de Clinton el que desmanteló tanto la Aid to Families with Dependent Children (AFDP), el régimen regulador de Glass-Steagall.

---

[3] Mike Davis, «The Barren Marriage of American Labour and the Democratic Party», *NLR* I/124, noviembre-diciembre de 1980.

La nueva fórmula hegemónica era el neoliberalismo, que prometía libertad y autodeterminación a través del mercado para unos trabajadores reinventados como consumidores. En lugar de aumentos salariales y programas sociales, los recortes de impuestos estaban dirigidos a servir como base material para el consenso. Cuando en 2000 el Tribunal Supremo instaló a Bush hijo como presidente, su administración pareció inicialmente emprender una vuelta a los tiempos de Nixon. El autoproclamado «conservadurismo compasivo» de Bush hijo evidenció una voluntad de aumentar el papel del gobierno federal en la asistencia sanitaria y la educación. Pero el ataque al World Trade Center dio nuevos ímpetus a los elementos más reaccionarios del equipo de Bush, que emprendieron una panoplia de políticas derechistas, desde guerras de agresión no provocadas en el exterior a grandes recortes fiscales para los ricos en casa. En términos económicos, el resultado fue un completo fracaso: en vez de desatar una nueva oleada de crecimiento, Bush estuvo al frente de una masiva burbuja inmobiliaria que en su momento estalló en la gran crisis financiera de 2008.

La crisis de la fórmula hegemónica neoliberal puede situarse con exactitud el 3 de octubre de 2008, cuando los 700 millardos de dólares del Programa de Ayuda para Activos Problemáticos (TARP) revelaron la hipocresía de esta ideología de libre mercado. Más discretamente, la Reserva Federal derramó cientos de miles de millones de dólares en líneas de permuta de divisas para apuntalar a los bancos que se tambaleaban en Londres, París y Frankfurt. La presidencia de Obama se desplegó en este contexto. Durante su mandato persistieron elementos neoliberales combinados con concesiones (relativamente gratuitas) a los temas medioambientales y al movimiento LGBTQ. Más importante era la relación de representación que estableció Obama con sus bases. Sus partidarios constituían un «grupo serial», en el sentido sartriano del término, cuya unidad se creaba a través de incontables lazos imaginarios con una figura por la que sentían una fuerte atracción cultural; pero el apoyo político era casi totalmente independiente del conjunto de las políticas implementadas. Por ello, el acceso a la Casa Blanca del primer afroamericano debilitó paradójicamente la presión de su flanco izquierdo para cumplir lo prometido. La realidad del mandato de Obama era, evidentemente, muy diferente al imaginario social que le rodeaba. Sin embargo, su administración no podía describirse como directamente neoliberal en sus planteamientos. De hecho, Obama llevó el apoyo directo para el capital financiero y para los ricos propietarios de activos mucho más

lejos de lo que había hecho Bush, con alrededor de 4,5 billones de dólares inyectados mediante las diversas rondas de flexibilidad cuantitativa. Su *Affordable Care Act* –en un molde similar a la titubeante incursión de Bush en la asistencia sanitaria, «Medicare parte D»– también contenía masivas subvenciones para el sector de los seguros[4]. Durante los años de Obama, la relación entre los propietarios privados y el Estado sufrió una reorganización a medida que sectores de la economía capitalista se volvieron cada vez más dependientes del Estado.

¿Unas elecciones con comodín?

En cierto sentido, el resultado de las elecciones de 2016 fue un comodín histórico, pero había poderosos factores estructurales en funcionamiento, que hicieron posible la aparición de un «cisne negro». De manera inmediata, el resultado fue una nueva manifestación del vaciado de la forma partido y de la crisis de representación, que se desató en 2008. Pero las décadas de etiolación de los lazos entre los demócratas y la clase trabajadora y la creciente interpenetración del Estado y el capital también cumplieron una función, al igual que la incapacidad de las elites del Partido Republicano para imponer la disciplina sobre sus partidarios. Las dos demandas clave de la campaña de Trump –la recuperación del empleo industrial externalizado y el fin de la corrupción en Washington («vaciar la ciénaga»)– ofrecían una versión de derecha de la «revolución política» de Bernie Sanders.

Las peculiaridades institucionales premodernas del Estado estadounidense también tuvieron un papel. Diseñadas para proteger los intereses de la oligarquía esclavista mediante la distorsión del sufragio –y nunca barridas por la guerra o la revolución como sucedió en gran parte de la Europa continental–, el sistema estadounidense comparte características con el del imperio del káiser Guillermo o con el Parlamento italiano en los días de Giolitti: sufragio limitado, sistema mayoritario, importantes obstáculos para el acceso al voto y, desde luego, el Colegio Electoral basado en los estados. Esto hizo posible que Trump obtuviera la presidencia a pesar de perder el voto popular por una diferencia de casi tres millones. Ahora hay un enorme abismo entre el Colegio Electoral y la distribución de la población estadounidense. Las deformaciones del

---

[4] Perry Anderson, «Homeland», *NLR* 81, mayo-junio de 2013, p. 21; ed. cast.: «Homeland», *NLR* 81, julio-agosto de 2013; ahora incluido en P. Anderson, R. Brenner, M. Davis, *et al.*,*Estados Unidos: Homeland*, cit.

ancien régime características del sistema político estadounidense se han vuelto cada vez más evidentes a medida que la estructura social subyacente ha sido transformada.

En 1930, la población estadounidense estaba más o menos repartida por el país, con solamente unas cuantas aglomeraciones urbanas (mapa 1). El mapa electoral de 1932 (mapa 2) revela muy poca conexión entre los márgenes de voto y la distribución de la población. El feudo republicano en este periodo era Nueva Inglaterra, donde el partido tenía una sólida base tanto en las zonas rurales como en las urbanas. En 2015, como muestra el mapa 3, la situación había cambiado. En lugar de unos pocos centros urbanos concentrados en el alto Medio Oeste y en la costa este, hay masivas aglomeraciones a lo largo de toda la costa, especialmente en el corredor desde Boston a Washington, en el sur de Florida, Los Ángeles y San Diego, el área de la Bahía de San Francisco, la zona metropolitana de Chicago y Detroit. Esta división urbana/rural se ajusta bastante al voto. Con la excepción del *black belt* –el grupo colindante de condados en los que históricamente predominó el cultivo del algodón y que todavía sigue siendo claramente visible en el mapa electoral de 2016–, hay relativamente pocos condados rurales, que tengan una mayoría demócrata. Por ello, a medida que la población se redistribuía a lo largo de las ciudades costeras, el sistema electoral pasó a ser cada vez más anacrónico. En segundo lugar, se planteaba la cuestión de la participación electoral. Apenas el 55 por 100 de la población en edad de votar participó en las elecciones. Como siempre, la participación fue mayor entre los ricos y los sectores de la población con mayor nivel educativo. Hay cierta evidencia de que probablemente los votantes demócratas se abstuvieron más que los republicanos: según una encuesta, el 46 por 100 de los republicanos censados votaron frente al 42 por 100 de los demócratas, mientras que la población de color estaba desproporcionadamente presente entre los que no votaron[5].

Entre aquellos que sí lo hicieron, la clase tuvo una parte decisiva en la victoria de Trump, solapándose, como siempre en Estados Unidos, con la raza. Mientras Clinton obtuvo la mayoría (53 por 100) entre los pobres –los que ganan menos de 30.000 dólares anuales– ese porcentaje representó una caída del 10 por 100 en comparación con el apoyo que cuatro años antes había recibido Obama de ese mismo electorado. También

[5] Harry Enten, «Registered voters who stayed home probably cost Clinton the election», *FiveThirtyEight*, 5 de enero de 2017.

se produjo una caída del 6 por 100 en el apoyo a los demócratas del siguiente escalón de ingresos (entre 30.000 y 49.000 dólares). Por otra parte, los demócratas mejoraron considerablemente su resultado entre aquellos que ganaban entre 100.000 y 200.000 dólares, convirtiendo una diferencia del 10 por 100 para Obama en casi un empate técnico para Clinton[6]. Trump superó significativamente a anteriores candidatos republicanos en áreas donde los préstamos *subprime* fueron frecuentes, los residentes tenían menor calificación crediticia y más gente recibía pagos por incapacidad[7]. Superó a Clinton en más de treinta puntos en condados donde los «trabajos rutinarios» representan por lo menos la mitad del empleo total[8]. Al mismo tiempo, los factores ideológicos, especialmente el racismo y el sexismo, estaban claramente en juego. La investigación ha encontrado que el apoyo a Trump estaba más estrechamente unido a una escala que mide las actitudes racistas y sexistas que el apoyo que recibieron McCain o Romney[9]. Pero entender exactamente la importancia exacta de la raza en las elecciones es una tarea más difícil. En primer lugar, la fuerza del racismo parece haber sido bastante específica de las elecciones del pasado año: en 2012 el apoyo a Obama entre los votantes blancos había sido el 2 por 100 superior al que ha alcanzado Clinton en 2016 y el 8 por 100 más elevado entre aquellos sin estudios superiores. (Clinton mejoró ligeramente respecto a Obama entre los votantes blancos con educación universitaria). Si un candidato afroamericano puede superar el porcentaje de voto de Clinton entre la población blanca, ¿puede bastar realmente el racismo como explicación de su derrota? Obama incluso superó ligeramente a Clinton en el porcentaje de voto femenino.

---

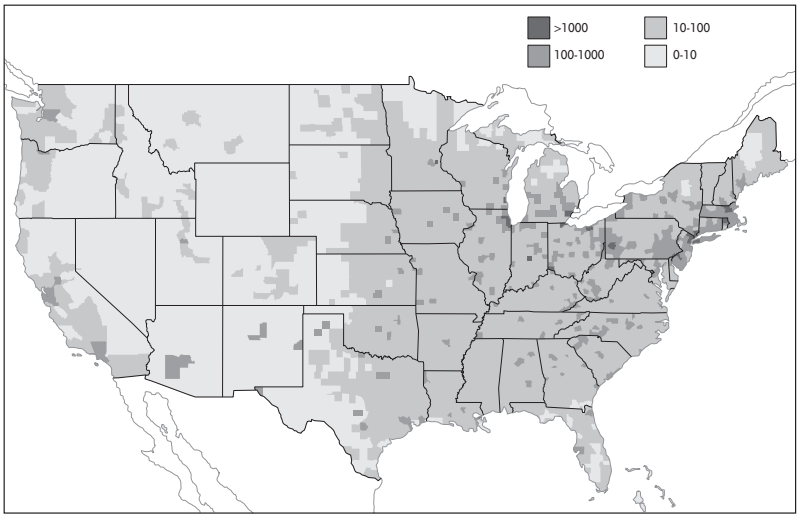
[6] «Election 2016: Exit Polls», *The New York Times*, 8 de noviembre de 2016.

[7] Ben Casselman, «Stop Saying Trump's Win Had Nothing to Do With Economics», *FiveThirtyEight*, 9 de enero de 2017.

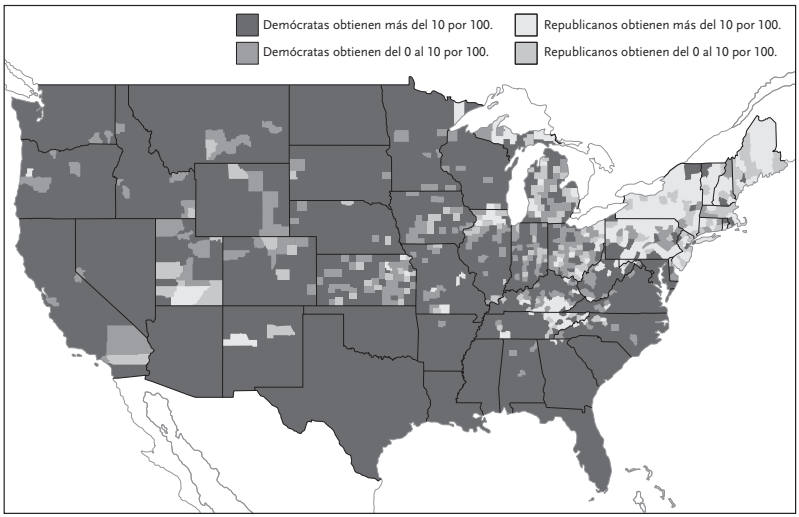
[8] «Rutinarios» se refiere a «agricultura, manufactura y otras ocupaciones relacionadas con productos, así como empleos administrativos y comerciales»; Jed Kolko, «Trump Was Stronger Where the Economy Is Weaker», *FiveThirtyEight*, 10 de noviembre de 2016.

[9] Brian Schaffner, Matthew MacWilliams y Tatishe Nteta, «Explaining White Polarization in the 2016 Vote for President: The Sobering Role of Racism and Sexism», Conference on the US Elections of 2016: Domestic and International Aspects, enero de 2017.

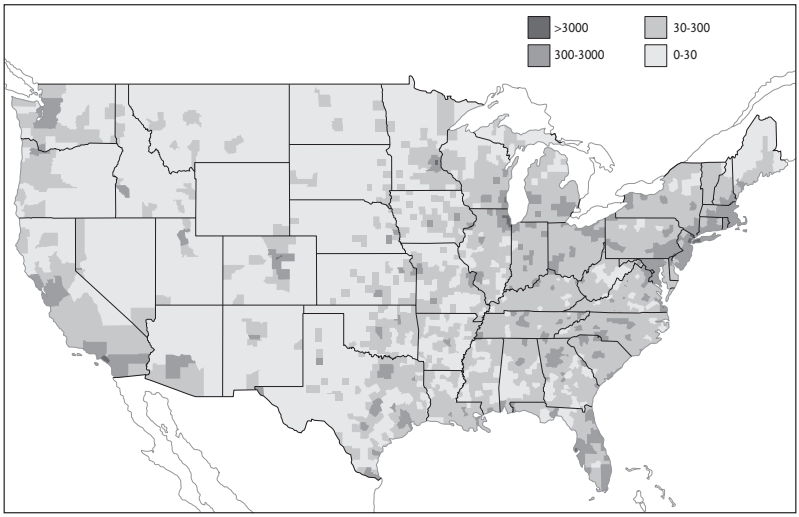
MAPA 1: *Densidad de población por milla cuadrada, 1930.*



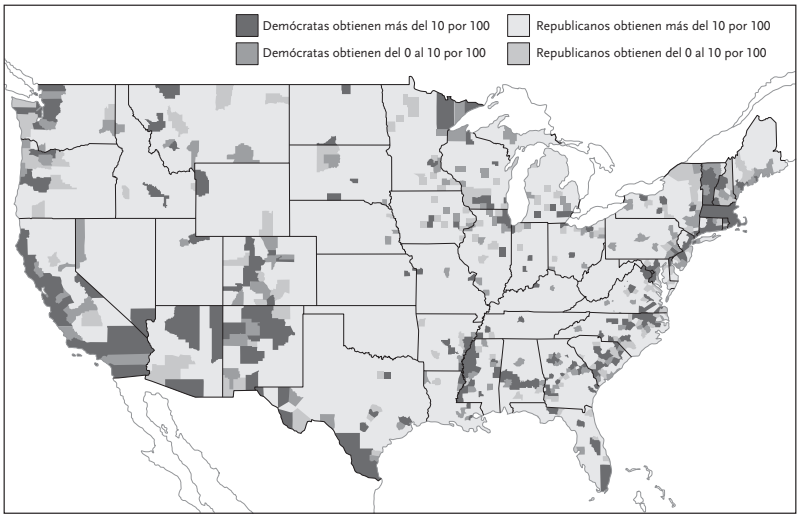
MAPA 2: COMPETITIVIDAD ELECTORAL, 1932



Mapa 3: Densidad de población por milla cuadrada, 2015



Mapa 4: Competencia electoral, 2016



De los muchos errores de Clinton quizá el más grave fue su complicidad con la activación del código racista patriarcal. No hizo ningún intento serio de neutralizar el apoyo hacia Trump en la zona norte del Medio Oeste, contando en vez de ello con que los republicanos moderados mostraran el mismo desprecio por los proletarios blancos que sus

vecinos demócratas[10]. El infame comentario sobre la «cesta de deplorables» y su cínico abrazo de la «interseccionalidad» solamente sirvieron para vincular las políticas antisexistas y antirracistas con una defensa de los privilegios económicos, encajando perfectamente con la narrativa de Trump. Trump se vio impulsado hacia la victoria por el apoyo que recibió de un estrato de votantes blancos relativamente poco formados con inciertas perspectivas en áreas que afrontaban un declive económico. Pero esta revuelta basada en la clase estaba sobrealimentada por un resentimiento racista y patriarcal. La cuestión no es si la clase, la raza o el género fueron el factor decisivo, sino cómo se combinaron para producir el resultado de noviembre de 2016.

Erosión del consenso

Por debajo de los detalles contingentes de la campaña electoral de 2016, se produjeron cambios más profundos en la economía política del país que hicieron posible que Trump surgiera en un contexto donde el proyecto hegemónico existente parecía agotado. Aunque su programa económico había sido duramente criticado por todo el espectro de opiniones de cierto nivel –Krugman condenó su discurso de inauguración por evocar «una distopía de colapso social y económico, que guarda poca relación con la realidad de Estados Unidos»[11]–, los problemas básicos a los que apunta Trump son demostrablemente reales. En 1980, el sector industrial todavía proporcionaba el 22 por 100 del empleo y alrededor del 30 por 100 del mismo en la mayoría de los condados al este del Misisipi, tanto al norte como al sur; añádase a ello el sector aeroespacial presente en el sur de California y el noroeste colindante con el Pacífico. En 2015, el empleo industrial se había derrumbado hasta el 10 por 100, afectando no solo al famoso *rust belt* del Medio Oeste septentrional, sino también y decisivamente a los estados sureños y del lejano oeste. La desindustrialización ha tenido verdaderas consecuencias sociales, llevando a la pobreza, al abuso de drogas, etcétera. La explicación que ofrece Trump de este colapso –el aumento de la competencia para la industria estadounidense, que representa el dinámico capitalismo chino– también parece acertada dentro de sus limitaciones. A medida que el empleo industrial ha ido cayendo, el déficit comercial estadounidense con la RPCh ha ascendido hasta los 347 millardos de dólares, en gran parte debido a

[10] Matt Karp, «Fairfax County USA», *Jacobin*, 28 de noviembre de 2016.
[11] Paul Krugman, «The Opposite of Carnage», *The New York Times*, blog, 21 de enero de 2017.

las importaciones de industrias estadounidenses que envían componentes y materias primas para su montaje en China. El declive del empleo industrial en Estados Unidos se aceleró marcadamente a partir de la recesión de 2000-2001, cuando China se unió a la OMC.

Mientras la base industrial ha sido vaciada y los salarios medios se han estancado, la proporción entre los salarios de los directores ejecutivos y los ingresos medios se disparó en la década de 1990, situándose aproximadamente en una relación de 275 a 1 a principios de 2015. Los intereses de la clase capitalista estadounidense aparecen así cada vez más desconectados de los de la sociedad en general. En este sentido específico, Trump es la expresión de una crisis de liderazgo de la clase dirigente. Como Marx escribió sobre el golpe de Louis Bonaparte en Francia en 1851, podríamos decir que con el paso de Obama a Trump la república estadounidense «no ha perdido otra cosa que sus arabescos retóricos, la decencia externa, en una palabra, la apariencia de respetabilidad»; las elecciones de 2016 simplemente permitieron que «el absceso estallara y el monstruo surgiera ante nuestros ojos»[12].

¿Qué solución propone Trump? Durante la campaña prometió realizar proyectos de infraestructuras por un valor de un billón de dólares, generar empleos en la construcción y aumentar la demanda de maquinaria pesada y material de transporte. La eliminación de regulaciones «innecesarias» relativas a la seguridad y al medioambiente se supone que va a reducir los costes para fabricantes, constructores y consumidores por igual y a estimular la demanda. Los aranceles a las importaciones y la lucha contra la inmigración ayudarían a maximizar el empleo industrial para los autóctonos. Desde luego, Obama había prometido un importante programa de infraestructuras que nunca se materializó; se llegó a afirmar que su *New Deal* ecológico produciría cinco millones de empleos. El proyecto de Trump suena como una extensión del modelo que presentó Obama de la *Affordable Care Act* al terreno de las obras públicas, contratando proyectos de infraestructura con compañías privadas, que se supone que recuperarán su inversión a través de peajes y tasas. El primer ejemplo de todo esto será la ampliación del muro de Bill Clinton en la frontera con México. Cuando se llega a la política exterior resulta difícil determinar las verdaderas intenciones de Trump en medio de las

[12] Karl Marx, «The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte», en Terrell Carver, (ed.), *Later Political Writings*, Cambridge, 1996, p. 112; ed. cast.: K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, 2 vols., Madrid, 2016.

bravatas retóricas. La prueba decisiva será su actitud hacia la OTAN y un posible realineamiento en la política de Washington hacia Rusia. Pero un serio cambio geoeconómico supondría en sí mismo crear tensiones en el orden político global.

El plan de Trump apunta a un *boom* impulsado por unas infraestructuras «estatal-capitalistas», unido a una agresiva estrategia negociadora en el exterior. Pero el proyecto parece fundamentalmente incoherente. ¿Cómo puede Estados Unidos mantener grandes déficits mientras adopta una actitud de confrontación hacia China, cuyos ahorros se suponen necesarios para garantizar este enorme incremento del gasto? Debemos prever enconadas luchas dentro de la clase dominante entre fracciones con diversos grados de acceso a los recursos del Estado federal. Desde esta perspectiva, Trump puede aparecer como una figura «neopatrimonial», que establecerá una corte informal de seguidores y les recompensará con la generosidad del Estado. Un programa económico *trumpkeynesiano* podría suponer que los recursos federales se canalizaran hacia la zona norte del Medio Oeste con la esperanza de cimentar una permanente coalición electoral. Pero el proyecto de poner en marcha el crecimiento de la economía estadounidense mediante una forma aparentemente anacrónica de capitalismo dirigido por el Estado tiene que considerarse una perspectiva dudosa.